

PUBLICACIONES *Cinema*

Albert
MATTERSTOCK
con
GUSTI
HUBER
,
VALÉRY V.
MARTENS

EN



50
(CENTIMOS)

El Doble Rey

El doble del Rey

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

REINHOLD SCHÜNZEL

MÚSICA DE

ALOIS MELICHAR



UNA PRODUCCIÓN

**HISPANIA
TOBIS**

DISTRIBUIDA POR

HISPANIA TOBIS S. A.

Casa central: BARQUILLO, 10

MADRID

Argumento narrado por
PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉPRETES:

ALBERT MATTERSTOCK

CON

GUSTI HUBER

VALERI von MARTENS

UNA DELICIOSA COMEDIA LLENA
DE INTRIGA Y EMOCIÓN.



TALLERES GRAFICOS
VDA. M. BLASI - BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

EL DOBLE DEL REY

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

UN REY SOLTERON

Su excelencia el ministro de Estado penetró ruidosamente en el salón en que el Gabinete, reunido en pleno, le estaba esperando; echó su inseparable chistera a una butaca, se enjugó las gotas de sudor que perleaban en su frente, sentóse pesadamente con un gesto de gran desahogo en el sillón que le estaba asignado alrededor de la monumental escribanía, y exclamó en medio de la mayor espectación:

—¡Señores, me cabe el honor y la alegría, verdaderamente entrañaible, de comunicarles, que, al fin, he logrado convencer a Su Majestad, nuestro Rey, de que se case!

El pecho de todas las Excelencias reunidas vomitó, con perdón, un poderoso resuello de alivio, y un:

—¡A Dios gracias! Llenó el aposento, haciendo temblar el techo de sumuoso artesonado.

Von Pap, el Prefecto, que se hallaba presente, cerró los ojos con honda y cómica beatitud.

¡Se había salvado la Nación!

Seis meses de ininterrumpida labor, y todo el desgaste de su enorme sabiduría y de su inagotable caudal de retórica altilocuente, de sagacidad y de prudencia le había costado a Su Excelencia convencer a Su Majestad de la necesidad de tomar esposa.

—Señor, el país exige un hijo, y sin esposa no se lo podréis dar. Señor, a cuarenta años sin mujer sois un velero sin arboladura y sin timón. Señor, nada como una mujer para evitar la profunda desgracia de que se os petrifique el corazón y vuestro pueblo se convierta en una grey sin pastor.

Su Majestad había sonreido con escepticismo, había echado un par de bocanadas displicentes de humo de su cigarrillo perfumado y había contestado.

— Bien, pues me casaré. Traedme a mi novia.

¡Cuánta metralla había precisado para vencer la irreductible aversión que Su Majestad sentía por el matrimonio! Porque el Rey, que Dios guardase, era un empedernido solterón. Pero, su palabra estaba dada y era «palabra de Rey».

Su Excelencia llegó a casa como un alud, volvió a quitarse la negra e histórica chistera, barbotó unas llamadas precipitadas, se presentó un secretario engomado y después de cinco ensayos accidentados logró hilvanar la siguiente epistola oficial: «A Su Alteza, la señora duquesa Ylosaka: El ministro de Estado de Su Majestad tiene el honor de comunicaros, que el Rey, nuestro señor, se ha dignado aceptar la mano de vuestra hermosa hija la princesa Julia. No me creo en la necesidad de encareceros cuáles son los deseos de Su Majestad de conocer a su futura esposa al breve tiempo y cuánto es necesario que hagáis su presentación en palacio para anunciar ante la corte, con la solemnidad que el caso requiere, los tan ansiados y felices esposales. La Historia hablará de vos como de una providencial heroína y de éste, vuestro servidor, como de un modesto vasallo que Dios iluminó con la más pura luz al descubrir vuestro talento y las gracias de vuestra hermosa hija. A vuestros pies. — El ministro de Estado».

Por la precedente misiva se habrá adivinado, que Su Excelencia, el ministro de Estado de Su Majestad, se había acreditado de previsor al elegir para su Rey, al mismo tiempo que trabajaba su voluntad con las armas de la retórica, la mujer que los altos intereses de Estado aconsejaban tomarse por esposa. Y lo había llevado a cabo de acuerdo con la rigurosa etiqueta real, esto es, obrando por su personalísima y libérrima cuenta, prescindiendo totalmente de los gustos y predilecciones varoniles del soberano, el cual no había visto nunca, ni en retrato, la mujer que debía llevar al altar. Por razones que no son del caso explicar, su aguda astucia de viejo zorro de la diplomacia había hecho recaer tan brillante suerte de esposa del Rey a la hija de una mujer famosa por su belleza, por su talento y por su ambición y ésta era, como hemos dicho anteriormente, su alteza la duquesa Ylosaka.

En rigor, nuestro flamante ministro de Su Majestad no había obrado en completa independencia al escoger a la princesa Julia para reina, pues la duquesa Ylosaka, que le iba a la zaga en habilidad, había movido secretamente cielo y tierra para lograr este fin. Y lo había hecho, valiéndose de la misma escuela que él, sirviendo su exclusiva ambición y prescindiendo de los sentimientos de su hija, que tenía colocada en un pen-

sionado extranjero, y la cual no podía ni sospechar que se le preparaba el matrimonio con un rey para ella desconocido.

Sería difícil expresar la alegría de la duquesa cuando tan decisiva y feliz epistola llegó a sus manos encantadoras y peligrosas.

— ¡El sueño de toda mi vida! — exclamó con un vehemente ademán triunfal. — ¡Julia tiene que saberlo al instante, al instante!

Y abalanzándose al teléfono pidió comunicación con el lejano pensionado en que se educaba su hija.

CAPITULO II

DE NIÑA A REINA, SIN TRANSICION

En el distinguido pensionado de P. se estaba celebrando una velada íntima, una de estas fiestas deliciosas en las que se representan las grandes obras teatrales con las partes improvisadas y pintorescas de los educandos aficionados y cuyo principal espectáculo radica en los números imprevistos y fuera de programa, como por ejemplo, el desplome de un bastidor sobre la cabeza del héroe en el momento de mayor dramatismo, y el infalible fallo del telón al bajarse en el acto final.

Se habían representado ya tres actos de una obra terriblemente sentimental de ambiente medioeval, que tenía cuadro, cuando la voz de la madre superiora sonó en el salón lleno de loquillas colegiales.

— Pronto, la princesa Julia al teléfono; la llaman del extranjero.

Se hallaban en el entreacto; y a esta voz se irguió entre los bastidores una cabecita preciosa, casi infantil, tocada con el más fiero yelmo de guerra que parecía de acero, pero que no era más que de caftón teñido. Era la de la princesa Julia, que llevaba en la obra que se estaba representando el importante papel de rey enamorado.

— Ha dicho que me llaman a mí? — preguntó con voz angelical.

— Sí, a su alteza — confirmó la madre superiora.

— ¡Será mi mamá! — exclamó la princesita saltando de alegría y corriendo al teléfono bulliciosamente.

— ¡Mamá, mamá! ¿Eres tú?

— Sí, yo soy, hijita — sonó a través del alambre la voz

grave y solemne de la duquesa—. Hija mía, arregla tus maletas y ven inmediatamente. Has terminado tu vida de niña para principiar la de mujer, la de Reina...

La luminosa sonrisa se extinguíó en los frescos labios de Julia.

—Mamá, no te comprendo...

—Despidete de tus profesoras y de tus amiguitas para siempre y ven como te ordeno; luego lo sabrás todo.

—Pero, mamá, bien me permitirás que espere a mañana; estamos celebrando una fiesta y corro a mi cargo el papel de rey.

—Vistete inmediatamente y ven, no quiero repetírtelo por tercera vez — sonó la voz autoritaria de la duquesa.

—Bien, mamá.

—Me has oido?

—Sí, mamá.

—Te espero, pues, en el primer tren de la noche.

—Bien, mamá.

Julia colgó el auricular con un gesto fatigado, una nube de tristeza había oscurecido su semblante que expresaba, en mescolanza sombría, una contrariedad profunda, un estupor invencible y un intrigado interés.

¿Qué pretendía de ella su mamá? Acababa de anunciarle con inesperada brusquedad que su vida de niña había terminado y esto cuando su alma se sentía más infantil y más bulliciosa. Aquella noticia la había sumido en un pesar profundo, que se hacia más abrumador cuanto más buceaba en el secreto presentimiento que le había despertado. ¿Por qué tenía que convertirse en mujer cuando tan bien se sentía siendo una niña? Y además su mamá había dicho reina, ¿qué misterio encerraban estas palabras?

Julia contaba apenas dieciocho años, era una niña alta, armoniosa, aristocrática, finísima por educación y por temperamento. Su tez era muy pálida, de una palidez hermosa que transparentaba su alma apasionada y romántica. Había heredado de su madre las virtudes de la energía y de la independencia, bien qué por razón de su edad ésta permanecía todavía para ella como una flor de reliquia encerrada en un arcón de marfil que tenía prohibido abrir. Porque la señora duquesa de Yiosaka la había criado bajo el yugo de su carácter inflexible y autoritario y al calor de su singular filosofía, que fué durante los años en que su esposo vivía aún, su gráfica e inflexible pena negra. Nuestra princesita, pues, no conocía en sus dieciocho años más posición moral que la de la obediencia, ni más expansiones que las que le permitía su vida en el pensionado, alejada de la tutela visual de su vanidosa mamá.

El boato de la Corte importaba un comino a su naturaleza sencilla y sentimental y aquella repentina vuelta al lado de

la ambiciosa duquesa que era tan opuesta a ella en sentimientos, le hizo atinar en lo ligera que había obrado al ponerle como insubstancial pretexto del aplazamiento del viaje hasta el dia siguiente el que se hallaba desempeñando el papel de rey en la función del pensionado; pensó que podía haber fingido que se hallaba enferma, o mal dispuesta.

Sintió una contrariedad profunda, una rabia invencible, pero no tuvo más remedio que obedecer. Se vistió, arregló su maleta, una diminuta maleta cargada con las insignificancias deliciosas particulares a una virgen de dieciocho años, que es princesa real por añadidura, y besando una a una a todas sus amiguitas queridas abandonó el pensionado llorando y enderezóse a la estación.

CAPITULO III

EL NACIMIENTO DE UN AMOR

Al poner los pies en la ciudad, Julia se vió ante un espectáculo inesperado. Las calles se hallaban convertidas en un hervidero humano, multitudes apiñadas y bulliciosas circulaban como riadas desbordadas siguiendo una misma dirección.

Nuestra linda princesita, todavía aturdida por el largo viaje que acababa de realizar, se sintió subjugada, y no pudiendo resistir aquella atracción siguió la dirección del gentío como joven libélula desumbrada por el resplandor de una pantalla de brillantes colores.

No tardó en darse cuenta de que el punto de cita de toda la ciudad era la vasta plaza que había ante el palacio real. Allí la muchedumbre se apretujaba, se empujaba, se pisoteaba sin piedad para poder lograr un sitio próximo al balcón.

Julia penetró en aquel mar bullicioso confundiéndose como un espectador más en la masa anónima y expectante. No sabía el motivo que congregaba aquella multitud entusiasmada y vociferadora ante la sunuosa mansión del Rey y optó por esperar con la natural curiosidad de dilucidarlo. No tuvo que hacerlo mucho; Su Majestad el Rey apareció en el balcón vestido elegantemente. Era el soberano solterón. Al verle, el gentío prorrumpió en vitores clamorosos que atronaron la plaza, agitando pañuelos y entregándose, en fin, a toda esa clase de desbordantes expansiones particulares del caso.

Entonces Julia, mientras contemplaba la gallarda silueta de Su Majestad puesto de pie en el balcón, dedujo que el país estaba en vísperas de algún importante acontecimiento que tenía relación con él.

Pobre princesita, poco podía sospechar que lo que se celebraba era la noticia del próximo casamiento del Rey, de aquel rey solterón, reducido por la astucia de Su Excelencia a la disciplina del hogar, que la había elegido a ella por esposa.

Con su maletita en la mano permaneció todavía unos instantes embobada. Finalmente, agujoneada por la curiosidad volvióse hacia alguien que los apretones de la multitud congregada obligaban a estar pegado a ella, y le preguntó:

—¿Qué ocurre?

El interpelado se volvió, y al ver el lindo rostro de Julia, muy lejos de poder suponer que el azar le había otorgado el honor de tener por vecina accidental a la futura reina, sonrió dulcemente y contestó amable, con voz varonil hermosa y arrastrando las silabas con lentitud acariciante.

—Se casa el rey, señorita.

Julia miró a su cololector y quedó turbada unos momentos al ver que era un joven elegante, de facciones perfectas, de ojos de fuego, que la contemplaban con un brillo inteligente y reposado de ironía.

Pero se rehizo pronto y llevada de su ardiente fantasía comentó:

—¡Qué feliz debe ser ella...

—¡Quién sabe! —contestó el joven desconocido con su voz robusta y acariciante—. Hubo reinas muy desgraciadas.

Julia se traía sus lecciones de historia bien empolladas y se apresuró a contestar:

—Es cierto; María Estuardo, por ejemplo.

—¿La reina de Escocia y de Francia?

—Si esa misma. Sin embargo, las hubo muy felices y muy amadas de sus esposos...

Aquel joven apuesto parecía inteligente y culto, pero su sonrisa burlona, y su mirada provocativa y audaz le ataron la lengua, y fingiendo que se entregaba con todos sus sentidos a la contemplación del Rey le volvió la espalda.

El simpático desconocido, por el contrario, pareció que sus lecciones de historia, su turbación y su actitud le interesaban extraordinariamente y le desataban la lengua, pues siguió asediándola con sus frases muy discretas, pero también muy llenas de un calor particular que la linda princesa colegiala no conocía aún. Ya, Julia empezaba a experimentar un escalofrío que recorriendo las piernas le subía a la cabeza en olas de rubor terriblemente comprometedor poniéndola en el mayor de los aprietos, cuando un incidente fortuito vino a sacarla de su insostenible situación. En lo más lucido del entusiasmo se puso a llover a cántaros y la multitud, olvidando los respetos debidos a su rey se dispersó. Como es natural, Julia imitó la acción. Como se le acudiese pensar que su altiva mamá la



Abrió desmesuradamente sus hermosos ojos y soltó una exclamación penetrante. — ¡Franz!



Sus miradas se cruzaron con las más ilusionadas esperanzas de felicidad.

estaría ya esperando ansiosamente, quiso tomar un coche. Había olvidado ya al distinguido joven de las frases dulces, y calándose bajo la violencia del aguacero, principió a llamar:

—¡Taxi, taxi!

Pero, su voz se perdía literalmente en el desierto, pues los pocos coches que pasaban iban ocupados y la rebasaban con una indiferencia desesperante. Mientras tanto sus vestidos chorreaban agua y con la furia creciente del chubasco subía el tono irritado de su voz.

—¡Taxi, taxi!

De pronto, a sus espaldas sonó una voz robusta y bien timbrada, una voz cuya inflexión burlona y deliciosamente cínica no oía por primera vez.

—Es inútil, señorita, totalmente inútil...

Julia se volvió, despechada, y vió ante si, mirándola con sus ojos cálidos y sonriéndole con todo su cinismo fascinador a su joven vecino de la plaza del palacio.

—¿Por qué dice usted que es inútil? — estalló la niña, encolerizada.

—Porque lo sé.

—¡Taxi, taxi! — prosiguió llamando Julia, despreciando con orgullo la advertencia y volviendo la espalda al joven con desdén.

—Cállese esa boquita y déjeme hacer. No se canse, sería una lástima tan grande. Recuerdo de una vez, era yo todavía un niño, que la lluvia borró en mi mano el dibujo más hermoso que he hecho en mi vida.

Aquel formidable audaz había dicho esto mirándola de arriba abajo con un fuego singular en el que había pasión, chocarrería galante y solicitud paternal. Y Julia no pudo soltar un grito más, porque la asió del brazito con desenvolvimiento, la atrajo hacia la marquesina acogedora de un café cercano, llamó, luego al flamante ujier de librea galoneada que estaba de guardia en la puerta ordenándole con familiaridad que no era improvisada que fuese a por un taxi; siguió empujando a la princesita con dulzura, y bruscamente, esto es un decir, Julia se vió en el interior del café bailando en brazos de su desconocido «protector» con la diminuta maleta en la mano.

Todo esto se produjo en menos de un minuto y Julia pasó, idealmente, sin transición del estupor de la calle al feliz deslumbramiento de ver a unas breves pulgadas de su boca sedienta de amor unos labios varoniles ardientes que se removían para susurrar frases rendidas de un alto estilo espiritual.

—Protestar? Habría sido inútil. Además, la princesita no veía ya nada fuera de aquella figura gallarda que la apretaba un poco más de la cuenta contra su pecho, no pensaba ya nada, ni tan sólo que su encopetada mamá la había ll

mado para convertirla repentinamente en mujer. ¡Convertirla en mujer! Esto le sería ya imposible a su mamá; hacia cinco minutos que lo era, que sentía en su corazón virgen y emocionado los signos estremecidos de esta sagrada conversión.

—¿Y el coche? — preguntó instintivamente Julia.

—No tardará en llegar. ¡Ah!, el ujier me obedece ciegamente. Sin embargo, ¿no opina usted que aquí dentro llueve mucho menos que en la calle?

La princesita sonrió. Su sonrisa no tenía que apagarse más. Su galán miró la maleta, aquel chisme molesto que entrambos sostenían, sin darse cuenta, con sus manos enlazadas al són de la orquesta y que descargaba molestos bandazos a las parejas circundantes.

—¿Yo creo que para bailar no hace falta una maleta? — dijo el joven con gracejo.

Julia asintió con un mohín y una oleada de rubor. La maleta fué dejada en un rincón y la pareja reanudó la danza.

—No quisiera ser el rey — dijo sinceramente el joven.

—¿Por qué?

—En estos momentos se hallará, seguramente, aburriéndose metido en un bañío de almidón y dando su conversación oficial a una mujer que le han dicho que era su novia — respondió el joven, sin poder imaginarse que tenía ante sí a la auténtica novia de Su Majestad.

—Se le pasará pronto, pues su novia debe ser preciosa.

—No se la envíe lo más mínimo.

Al terminar el bailable, el joven tomó a la princesita por el brazo y la condujo suavemente al interior del establecimiento, que resultó ser un verdadero parque de atracciones.

—Aquí vamos a divertirnos cuanto queramos — auguró el joven con desbordante entusiasmo.

En efecto, Julia, cuyo corazón había desbordado completamente el signo de su recatada prudencia, probó todos los números honestos del programa, que no eran pocos. El pim-pampum, las grutas fantásticas, la lancha macabra y, de una manera muy principal, el lago de la fortuna, que consistía en proveerse de una especie de bombas de mano, por cierto muy detonantes, cedidas en el mostrador al precio de una peseta por unidad y arrojarlas desde una plataforma colocada a una altura conveniente contra unos barquichuelos que flotaban en un lago diminuto. Las bombas, al dar contra el agua, estallaban produciendo un ruido infernal que era coreado con algazara por la juventud.

Después la pareja se sentó en una mesa y el joven pidió champaña. Julia bebió, locuela, de aquel licor que no había probado en su vida de educanda, cuyos vapores colorearon su

hermoso rostro y comunicaron a sus ojos un brillo nervioso y a sus rojos labios inmáculos una atrevida locuacidad.

—Oh!, esto es muy fuerte — exclamó, riendo bulliciosamente.

—Bebe; eso sienta muy bien.

Julia se puso repentinamente seria, clavó sus hermosos ojos en los del joven, irguió la linda cabecita, un tanto desgreñada, con mimosa altivez y dijo, mientras se enfurruñaba graciosamente tras un mohín de disgusto digno.

—No me tutees. Tú no sabes quién soy yo.

El joven abrasó sus pupilas con una mirada ardiente, y sonriendo dulcemente repitió con un tonillo picaresco:

—No me «tutees». «Tú» no sabes quién soy yo.

Entonces Julia cayó en la cuenta de que se había deslizado instintivamente a usar del mismo trato que tan púdicamente pretendía censurar en su colocutor y se volvió roja como la grana. El joven la sacó de su compromiso, añadiendo:

—Acaso eres una dama muy principal?

—Pues, claro: soy una princesa.

Julia hablaba sinceramente, pero su acompañante estaba bien lejos de poderlo imaginar y soltando una carcajada le devolvió, en una estupenda coincidencia y con la única idea de proseguir la broca, la que él suponía imaginaria grandeza por otra igual.

—Entonces, yo soy el rey.

La frase contenía, además, el malicioso propósito de establecer entre ellos y Su Majestad un paralelo de amor y logró con ello que el rubor de las mejillas de su pareja, que sobreentendió la intención con aguda sensibilidad de mujer, siguiese con la misma comprometedora intensidad.

Pero entonces fué el joven quien se puso grave y miró a la princesita con una fuerza que la hizo estremecer.

—No me mires así — le rogó con voz que delataba su emoción.

—¿Qué debo, pues, hacer?

—Hablarme... ¡qué bien se está aquí! — añadió, feliz.

—Hablarte... hablarte después que has dicho que te sientes dichosa aquí? — replicó el joven, envolviéndola en la aureola de una mirada apasionada—. Ya sólo puedo pronunciar una palabra que ha de estremecerme, una palabra que no puede, que no debe ser confiada más que en la secreta convicción de que ha de ser escuchada de rodillas y con el corazón extasiado... hasta hace un momento yo no sabía todavía que cuando una mujer es hermosa de verdad y tiene una llama rutilante de misterio y de inocencia ardiente siempre en el fondo de su corazón e iluminándole alternativamente las me-

jillas con la transparencia del rosal, podía cambiarle a uno en una noche el curso completo de su vida. Ahora lo sé...

El gallardo joven paró su elocuente marcha, y cambiando bruscamente de dirección con la volubilidad propia de la juventud añadió:

—... lo sé y, sin embargo, no sé aún cómo se llama.

—Ni yo tampoco cómo se llama usted — replicó Julia sonriendo con picardía.

—Franz — declaró sinceramente el joven.

—Yo...

Cuando la princesita se disponía a revelar su verdadero nombre a Franz se hizo un solemne silencio en el café. Ella se interrumpió. Todo el mundo puso su oído pendiente de la Radio, que se preparaba para dar la noticia que tenía en jaque a toda la Nación.

«Señores radioyentes: Tenemos la satisfacción y al mismo tiempo el orgullo de poderles comunicar, que la mujer elegida para ser nuestra reina es la bellísima princesa Julia de Spalensky y de Rabat. Al darles esta noticia sentimos a un tiempo viva...»

Al oír estas palabras, Julia abrió enormemente los ojos en un gran gesto de profundo estupor. ¿Había oido bien? La Radio acababa de decir que la futura reina era la princesa Julia de Spalensky y Rabat, y ésta era ella... Miró a Franz, a aquel hombre que le había enseñado a dar los primeros pasos en la vida social con liberalidad juvenil, pero también con un respeto casi sagrado, a aquel joven arrogante, de modales finos e ingenio singular que acababa de confesarle que la amaba y al cual ella quería ya con toda la fuerza de su primer amor. No tuvo valor para terminar su frase haciéndole saber su nombre y revelándole su verdadera personalidad. Ahora sospechaba los poderosos motivos que habían inducido a su vanidosa mamá a hacerla venir con precipitación. Era la novia del rey, la novia de un hombre que no conocía, ¡ahora que conocía y amaba a otro! Experimentó una opresión angustiosa en la garganta, los labios le temblaron.

—Tengo que marcharme en seguida, no puedo perder un momento más — exclamó, con voz trémula.

Y sin esperar la respuesta de Franz abandonó el café con precipitación para no soñar ante su amor el doloroso torrente de lágrimas que la ahogaban.

El joven la contempló partir con un gesto petrificado de estupor, sin comprender, sin haber podido saber su nombre... y amándola con la más pura floración de su alma.

CAPITULO IV

UN ATENTADO CONTRA EL REY

Era tan fuerte su sentimiento de protesta, que a pesar de saber que se iba a encarar con el orgullo más altivo y rancio como era el de su madre, Julia penetró en su casa dispuesta a hacer valer el derecho que en justa ley de Dios correspondía a su corazón.

Mas, la indignada palabra le quedó diluida a los labios al hallarse con la visita de Su Excelencia el ingenioso y preacavido señor ministro de Estado de Su Majestad. Es fácil imaginarse el talante pésimo con que la linda princesita acogió tan importuna visita, máxime cuando no escapaba a su viva imaginación que toda la trama de su infortunio había sido fabricada por animalucho tan industrioso en la sombra como aquél. Pero el señor ministro no estaba por atender más que su propio talante, que se encontraba de perlas por el buen puerto que había logrado alcanzar con la nave pirata de sus artimañas tortuosas, y además por el motivo imaginable y único que le había llevado a casa de tan ilustre dama, que era el de apremiar la presentación de Julia en la corte y anunciar los sonados espousales antes que el rey no retirase su palabra, e inclinándose ceremoniosamente y humildemente ante ella con un rendido y torpe gesto de su histórica chistera, le dijo:

—Mis más cálidos plácmes, futura reina, por vuestro altísimo destino. Estamos seguros de que vuestro talento está a la altura de vuestra predestinación y de que con él sabréis interpretar los destinos que el Altísimo ha impuesto excepcionalmente a nuestro Pueblo y le conduciréis a la prosperidad y a la grandeza. No os digo más, que en Palacio todo está preparado para recibiros y que el rey, que Dios guarde, desea veros cuanto antes.

Dicho esto el señor ministro se retiró después de haber hecho una fastuosa sesión de reverencias y mimica protocolaria concordante con las circunstancias.

Entonces Julia, sin pensar en que estaba obligada a abrazar a su mamá, se dispuso a desahogar su dolor.

—Pero, mamá, ¿todo esto que oigo y veo es verdad?

La alta duquesa irguió la hermosísima cabeza, tendió los esúrneos brazos con aristocrática languidez a lo largo de su cuerpo escultural y contestó, algo sorprendida del tono dramático con que su hija le dirigía la pregunta.

—Verdad es, hija mía. ¿Y a qué santo viene esa desazón?

—¿Tú no has meditado, mamá, en que soy todavía una niña,

en que el rey es un hombre al que no conozco, al que no amo?

—Nada debe meditarse cuando surge la ocasión única de ser reina; ¿no has oído bien? «¡de ser reina!»

La duquesa pronunció estas palabras entornando los ojos con todo el deleite de su ambición, como si de aquel acontecimiento dependiese su vida, y como si, en rigor, la conquista del trono para su hija fuese el logro de una ansia vanidosa destinada a su disfrute personal.

Pero Julia la despertó de su dorado embeleso con una categórica respuesta:

—Mamá, yo no quisiera más que ser feliz.

—Hija mía, yo en cambio tengo experiencia de la vida y me sé que lo más importante del amor no es el amor mismo sino sus alrededores.

Julia no podía comprender la astuta filosofía de su madre, ella vivía de acuerdo con otra muy distinta y ésta era la de la romanticidad. Eran dos escuelas puestas frente a frente y dispuestas a triunfar.

—Tú, mamá, eres ya una mujer situada bien para ver el lado práctico de la vida; yo, en cambio, como te he dicho antes, soy una niña que sólo es capaz de escuchar su corazón. ¿Cómo quieres que sea una esposa consciente a los dieciocho años?

Julia ponía en sus palabras todo el dolor que preñaba su alma y en sus ojos, casi alucinados, la viva y creciente protesta de su espíritu de mujer, pero la duquesa flaba todavía en la fuerza persuasiva de su calculadora moral y sabiendo que bastaría una sola de sus más áridas y rotundas palabras para reducir a su hija, prosiguió:

—Yo me casé a los diecisés y tres meses y he de confesarte que lamento estos tres meses. Nunca es lo bastante temprano para agarrar una oportunidad, una oportunidad como la tuya.

—Pues yo entiendo que sí —estalló Julia no pudiendo ya aguantar más su indignación—. ¡En mi corazón mando yo y nadie más! ¡No puedo, no quiero prestarme a ser parte de una comedia palaciega, no quiero ser hipócrita, yo no amo al rey!

La amada imagen de Franz sonreía en el fondo de la conciencia de la princesita con su dulzura varonil y enamorada y le prefería aún siendo oscuro, aún desconociendo su cuna y su porvenir. Como si sus últimas palabras hubiesen sido el rayo que resquebraja la nube cargada, Julia sepultó el rostro en sus finas manos crispadas y trató de sepultar en el minúsculo lago ardiente de sus lágrimas la honda pena que estremecía su corazón. Entonces la duquesa arreció con todos sus humos de estirpe y con la adusta y autoritaria severidad de su carácter despótico.

—No hablemos más del asunto: te casarás con el rey, yo te lo mando. Y sabe que la Nación lo espera todo de ti. Los principios por los que te habrás de regir en tu supremo papel de soberana voy a dictártelos en breves palabras. Te los diré, además, en húngaro que es nuestra lengua: dar hijos y dominar al rey. Ahora sólo me resta comunicarte que de hoy en adelante harás lo que yo quiera.

Mientras Julia pasaba por este duro trance de sus sentimientos, Franz alcanzaba la puerta de su casa, penetraba en su gabinete de trabajo y arrojaba con displicencia sobre un sofá un frívolo muñeco de trapo que le había tocado a Julia en premio en una de las atracciones del parque y que su precipitada escapada había impedido que le pudiese entregar.

Franz era un poeta y novelista que principiaba a ponerse de moda, aunque muy lentamente. Tenía talento y agudo ingenio y había logrado hacerse leer en una novela buena en que descorría audazmente el velo de la vida privada del rey y dejaba en cuertos enteros el misterio intrincado y picaresco de sus obstinadas ideas de empedernido soltero.

Era un muchacho despreocupado, sentimental, apasionado, de nobles sentimientos y dispuesto a agarrar la fama por el cuero cabelludo si al diablo se le ocurriese cortarle los largos pelos en un instante de capricho infernal. Aunque, esto sí, con las armas más leales de todo hombre de honor, pues era completamente incapaz de cometer la menor villanía ni de ocurrírselle tan sólo el menor pensamiento traidor.

Vivía sólo con sus libros y sus colecciones de dibujos y pinturas, completamente absorbido por sus estudios, sin que nunca se le hubiese acudido pensar que en su casa faltaba una mujer y que tal debía entrar por los senderos melosos del altar. Pero hoy entraba en ella taciturno, con una carga almibarada en su corazón. Julia había vuelto al revés todo su sistema moral y la imagen obsesa de su rostro puro en carne y candor volaba constantemente ante sus ojos hipnotizados. Sólo había cambiado con ella unas docenas de palabras y la amaba ya con una intensidad que le espantaba a sí mismo.

Con ademán displicente y la voluntad ausente en busca de aquel angel que con tan inexplicable brusquedad le había dejado y al que quizás no volvería a ver más, hizo acción de quitarse el abrigo. Entonces advirtió que uno de los costados pesaba más de la cuenta. Metió la mano en el bolsillo correspondiente y extrajo de él una de las detonantes bombas de mano que servían para probar la suerte en el «Lago de la Fortuna» del parque de atracciones. No se acordaba de cómo ni cuándo la metió en el bolsillo, pero supuso que habría sido distraídamente por causa de un sobrante ya sin objetivo. Así que, acercándose a la ventana, echó la inofensiva bien que sonora bomba por ella.

Franz no podía calcular las consecuencias que tan aparentemente insignificante acción había de reportarle.

Aquella ventana daba a la calle, y se habría horrorizado si hubiese mirado a través de ella al ver que en aquel maladado instante una multitud imponente vitoreaba al rey que pasaba arrollanado en su carretela por debajo.

Podríamos excusarnos fácilmente de contar lo que ocurrió, pues la imaginación más apagada es capaz de representárselo con todo el melodramático colorido. La bomba cayó matemáticamente bajo las ruedas del coche real, estalló con ruido de mil tempestades, pero sin producir, naturalmente, el menor rasguño a nadie, el mayoral lanzó un chillido escalofriante, y lanzó el tiro a toda pierna por calles y callejones, la multitud se estrujó, dispersándose con alaridos de espanto y con una confusión digna de Troya. Y, finalmente, los policías corrieron como galgos, olfatearon como lebreles, dieron con la casa del novelista, subieron, le engraparon la espalda y un cuarto de hora más tarde, Franz se hallaba encerrado en los calabozos del palacio de la Prefectura, como criminal peligroso que había atentado contra la intangible persona del rey.

CAPITULO V

DOS CABEZAS POR UN REY

Aquella noche aciaga Su Excelencia el ministro de Estado creyó enloquecer. Amanecía ya y todavía se tiraba de los pelos, lanzaba sonoros bufidos que hacían bambolear los le-gajos esparcidos sobre su mesa brumosa y vomitaba los ternos más retumbantes.

El inefable señor Prefecto, con todas sus mastodónticas quijadas impecablemente rasuradas y sus ojazos saltones perpetuamente pasmados estaba ante él, temblando como hoja de álamo sacudida por el huracán. Acababa de comunicar a su ministro, todo de una vez: que Su Majestad había sido atentado, que la bomba que se arrojara era de las de más potencia, que la policía había trabajado como nunca, y que, por fin, el terrible y peligroso criminal había sido habido en su propio domicilio, y se hallaba ya encerrado y a disposición del fiscal en los más profundos calabozos del Estado.

—Pero, entonces, ¿y el rey, adónde se halla el rey? ¡Esto es lo que pregunto yo! — clamó el ministro con su vocecilla y agitando la interesante chistera con furibundia.

—Ahí está el caso... — barbotó el orondo Prefecto con embarazo.

—Es que Su Majestad ha desaparecido, ¿oye usted bien? Es que después del atentado no ha vuelto a palacio y nadie sabe donde está. Por lo menos han debido encontrarse las jifas destrozadas de su cuerpo en el lugar del atentado. ¿No ha visto usted pedazos de carne real en el arroyo?

—No, Excelencia, no he visto allí más que los relejes de su coche.

—¿Ni han sido hallados los pedazos de su carretela?

—Ni eso, Excelencia.

—Entonces, ¿cómo se explica usted el fenómeno? Porque no quiero creer que esa terrible bomba haya tenido el poder de volatilizarse.

—¿De volatil... qué? — inquirió el Prefecto, arrugando el entrecejo con preocupación.

—De convertirle en gas, o en aire.

—¿Qué sé yo?

—¡Idiota, usted no sabe nunca nada, no, nunca...! Su Excelencia se disponía a volver a tirar de los pocos pelos que le quedaban en la cáscara del caletre cuando se dejó oír en el gabinete el gruñido del aparato de televisión. El señor ministro se precipitó sobre él y dió vuelta a la llave. Automáticamente sonó una voz alegre y más fresca y sana que rocío de primavera en lozano trigal.

—Buenos días, señor ministro. ¿Qué tal le va eso? ¡Bien, no es verdad? Me alegro; a mí también. Supongo que por la voz habrá reconocido que soy el rey. No quiero entretenerle mucho, sólo quiero decirle, para su tranquilidad, que estoy completamente vivo, vivo de verdad, y que en estos momentos me encuentro viajando lejos ya de ahí. No me busque, pues sería inútil. En cuanto a lo del casamiento... ¡Bah!, ya supondrá Su Excelencia que no tengo una verdadera prisa por resolverlo. Después de todo el atentado ha trastornado un poco mis nervios y necesito algunos días de reparación. Adiós, mi querido Excelencia.

Su Majestad corría a cien kilómetros por hora en el mejor de los coches-camas hacia una aldea remota. En realidad, su «palabra de Rey», empeñada en el casamiento, no había sido dada con convicción y aquél atentado, o por lo menos lo que él suponía haberlo sido, le había dado inesperada y feliz ocasión para escurrirse por la tangente, dejar plantada a la novia, que todavía no conocía, y esperanzar que el tiempo, maravilloso freno de impaciencias, parase al diligente ministro de Estado y enfriase a la novia, esto en el caso de que alguna vez hubiese sido abrasada por el amor.

Su Excelencia se desplomó pesadamente en una butaca, que se la tragó en sus muñecas hasta la nuez, y chilló:

—¿Y ahora, qué?

Los ojos del señor Prefecto rodaron epilépticamente en sus

órbitas y sus piernas robustas, como tacos de encina, temblaron sensiblemente.

Verdaderamente el aprieto era monumental: ¿qué haría ahora con la novia del rey, y qué explicación iba a darle al pueblo que aguardaba el fastuoso día de los esponsales con ilusión infantil?

Su Excelencia se levantó, y encarándose con el Prefecto, trémulo de ira, bramó:

—¡No sirve usted para nada y el que le nombró Prefecto es un estúpido de solemnidad!

El policía se cuadró como un autómata y profirió:

—Su Excelencia, fué usted.

El ministro se mordió los labios y volvió a sepultarse en el butacón con desaliento. Bruscamente se irguió, y dijo:

—Si no damos con el rey me cortarán el cuello.

El Prefecto permaneció tieso como un carámbano e indiferente como un pavo real. El ministro terminó la frase.

—...y también a usted.

El sabueso bebió un trago de saliva amarga con esfuerzo mortal y saliendo de la estancia como un rayo se juró no dormir hasta dar con el rey.

CAPITULO VI

EL DOBLE DEL REY

El Prefecto era un hombre de carácter muy distraído, pero esta vez no había de distraerse lo más mínimo, pues se jugaba sencillamente el cuello. Movilizó todos sus agentes y a las dos horas recibían la visita de los dos que le traían, especificados, todos los caracteres antropológicos del criminal, esto es, del desgraciado novelista que empoillaba la ligereza de haber arrojado distraídamente una bomba de juguete al paso del rey en los calabozos de la Prefectura.

Con los datos veían adjuntado su retrato y apenas el policía lo vió saltó sobre su asiento.

—¡Recontra! —exclamó, abriendo enormemente los ojos con admiración—. ¡Si su rostro es igual al del rey!

En efecto, salvando las leves huellas que una diferencia de diez años puede distanciar a dos seres de un mismo sexo, la cabeza de Franz, puesta al lado de la de Su Majestad, tenía un parecido sorprendente.

El Prefecto se llevó el velludo índice a la frente en actitud de grave gestación de ideas. ¿Qué rara bozafía bullía en aquel calenturiento caldero?

Hinchó los carrillos, desorbitó los ojazos, pegó un brinco, plegó los labios y meneando los sesos, o la cabeza, que para el caso es igual, sonrió con sonrisa astuta de aprobación. Luego musitó con alegría feroz.

—¡Un doble, esto es, un doble, el doble del rey!

Y dando saltos de gamo bajó a las ergástulas, abrió la celda en que estaba encerrado Franz, le agarró por el hombro, le condujo al palacio real, y obligándole a que se colocase al lado de un retrato monumental del rey le observó durante unos momentos. Franz estaba pasmado. Al fin, el Prefecto se atusó la barbilla con satisfacción, y murmuró:

—Exacto. Tengo ya al rey.

Acercóse luego al novelista y le espetó con afectuada acritud:

—Es usted un asesino.

—Señor Prefecto —protestó el novelista con indignación—. Rechazo ese vacabulario.

—Usted quiso matar al rey.

—No es verdad.

Y Franz contó seguidamente la historia inocente que ya conocemos.

—Sí, vaya, una novela —dijo con sarcasmo el policía.

Pero al mismo tiempo clavó su mirada escrutadora en el joven y adivinó en secreto que aquella frente noble era incapaz de cometer el menor crimen. Esta sutil observación le estimuló a llevar adelante su audaz plan y separándose unos pasos del detenido le volvió a contemplar un instante y, al fin, dijo autoritariamente:

—Desnúdese.

—No puedo —replicó Franz.

—¿Eh? —gruñó el Prefecto irguiéndose con dignidad.

Franz tendió, sonriendo, sus manos al policía, y éste advirtió la causa de la negativa al ver que las tenía esposadas. Quitóle las esposas y sacándose al mismo tiempo su voluminoso revólver lo encañoneó al novelista.

—No trate de evadirse ni de iniciar el menor movimiento, de hostilidad, de lo contrario le pego fuego en los sesos. Tome, mientras me quito los guantes.

Y llevado de su natural distracción, acudiéndosele suponer que tenía ante sí a uno de sus numerosos servidores, le entregó estúpidamente el arma. Pero al instante advirtió el lapso y se la arrebató horrorizado. Franz se la cedió sonriendo y este gesto de bondad acabó de convencer al Prefecto de que, evidentemente, sus sabuesos habían sufrido un error al tomar a quel muchacho simpaticote por el asesino que había atentado contra el rey.

Entrególe un flamante uniforme de Su Majestad y repitió la orden. —Vistase este traje.

Franz obedeció y minutos después reapareció por el batidor de una mámpara transformado en un gallardo militar.

—¡Estupendo! —exclamó el Prefecto con admiración—. No creo que nadie fuese capaz de distinguir el uno del otro.

Miró severamente al joven y prosiguió:

—Mire usted la cara del rey y cotéjela a la de usted. Son casi exactas. Nadie sería capaz de diferenciarles. Su Majestad ha desaparecido, y yo necesito que nadie se dé cuenta de ello. Usted, pues, puede representar la persona del rey.

Franz sonrió. Había comprendido ahora todas las intenciones del Prefecto. Espíritu romántico y aventurero, el truco le chocó.

—No está mal —exclamó con jovialidad—. Siga usted con los ensayos y veré si me interesa terminar el asunto.

Tenía la conciencia cristalina de inocencia y esta aventura imprevista le llenaba de buen humor, aunque no más viniese a servir para librarse de la negra pena del encierro, mientras la buena justicia esclareciese convenientemente los hechos y declarase su inocencia.

—Vamos a hacer la prueba —dijo el Prefecto.

Al efecto, salió al especioso y suntuoso corredor y anunció a la guardia real de puesto allí:

—¡Su Majestad el Rey!

Franz traspuso la puerta con muy bien fingido empaque real. Apenas su figura se destacó en el marco del portal los guardias se inclinaron reverenciosamente, sin vacilar.

Precedido siempre del Prefecto avanzó por el corredor y a su presencia cuantos criados se hallaban de servicio inclinaron profundamente la cerviz sin titubear lo más mínimo. Así llegaron al despacho del rey. El Prefecto estaba loco de contento. Iba a efectuar la prueba definitiva. Se abalanzó al teléfono como un alud y poniendo el número de Su Excelencia le espetó sin preámbulos:

—Excelencia, Su Majestad le espera en el despacho.

Y colgó inmediatamente el auricular sin esperar contestación. Es difícil poder describir los saltos, chillidos y bellidos que surgieron de la respetable y también grotesca humanidad del ministro. El rey, el rey había regresado a palacio; su honor se había salvado y también su cabeza, que tan en falta habría echado su apreciable chistera. Corrió, pues, al palacio real, penetró en el despacho y miró al rey, es decir a Franz. Tembló todo él de gozo. Su Excelencia se precipitó a las plantas de Franz, inclinó la cerviz con humildad y exclamó con voz trémula:

—¡Oh! Majestad, a vuestros pies me tenéis. Yo os juro que el criminal será fusilado y después ahorcado, ya os garantizo que ...

Franz, que sonreía al ver el aplomo del ministro, hizo una

muéca agria pensando que el muy bellaco se refería a él cuando tan concienzudamente hablaba de fusilamiento y garrote vil.

El Prefecto se interpuso entre los dos y cortando la palabra a Su Excelencia, le explicó en pocas palabras que aquel hombre no era más que el doble del rey.

—¡Ah!, el asesino, el criminal, es el mismo que ...

—¡Chist! —le interrumpió el Prefecto en voz baja—. Excelencia, desempeñáis la cartera de Estado cuya principal función es la de la diplomacia. Sed, pues, diplomático ahora. No olvidéis que nos jugamos las tragaderas.

Su Excelencia lanzó una mirada a su querida chistera y se calmó.

—No hay más que proponerle —prosiguió el Prefecto— que se le dejará en libertad si se presta a representar el papel de rey a título de doble y sustituto durante sus ausencias.

Después de algunos mimes y diretes y otros tantos aspavientos del ministro los dos atribulados servidores de Su Majestad llegaron a la conclusión de que era el único recurso que les quedaba para salvar el pellejo, y el Prefecto se acercó a nuestro héroe para hacerle la proposición. Franz comprendió al instante el aprieto en que estaban metidos y cuán imprescindible les era él a pesar de que siguiesen teniéndole por criminal.

—¡Qué novela podría escribir! —exclamó entornando los ojos con sibarita fruición de poeta—. Y añadió seguidamente para darse el placer de aterrorizar a sus dos verdugos. —Pero, no, el asunto no me interesa; mi novela dejaría de tener el valor de imaginación al ser vivida por mí mismo...

—Piense usted que se trata de hacer vida de rey —insistió el Prefecto con nerviosa amabilidad—. Vivirá usted aquí, todo pagado. Además cobrará un sueldo...

Franz, pobre como todos los poetas, cedió a la vista de treinta mil pesetas en billetes, y el plan quedó convenido. Sin embargo, el joven había de sorprenderse al oír que el Prefecto, al instruirle los pormenores del plan, le decía:

—El papel más importante tendrá usted que jugarlo en un casamiento, en el casamiento del rey. Usted se limitará a decir las palabras más indispensables y se guardará de besar a la princesa. Piense que toda la corte estará presente y cualquiera indiscreción de usted lo echaría todo a perder. Limítese a frases banales, como por ejemplo: ¿cómo está el tiempo?, ¿su señora sigue bien?

Franz experimentaba una alegría indecible ante aventura tan singular. Poco podía imaginarse que la princesa que le destinaban para interpretar su delicioso y legendario papel de rey que sube al altar era su amada desconocida de una noche de tempestad cuyo nombre era todavía un misterio para él.

CAPITULO VII

LOS ESPONSALES DEL REY

Y llegó el día de los espousales del rey. El Palacio andaba revuelto, la Corte había de recibir a la futura reina de la Nación. Franz estaba pronto y experimentaba un cosquilleo inevitable de curiosidad por conocer a «su novia». Para él sería aquello un aventura agradable, pues su papel debía limitarse a pláسمes y ceremonias, ya que quien tenía que cargar definitivamente con el «peso» de la famosa princesa sería la augusta persona del auténtico rey.

Pero para la pobre Julia representaba el sacrificio de sus sentimientos, y bien lejos de poder sospechar la feliz sorpresa que la esperaba se dirigía en sumptuosa y regia carroza, con el corazón destrozado, al Palacio Real. Su vanidosa mamá la acompañaba. Era día de gran solemnidad y las calles rebosaban de gente. La duquesa, no cabía en sí de gozo y correspondía a los vítores del pueblo con cabeceos lentos y pomposos y sonrisas afectadas de orgullosa dama principal. Julia no tenía ánimos ni para mirar y permanecía acurrucada en el fondo del coche.

—Sonríe, mujer, aunque no seas dichosa — ordenó a su hija.

—Imposible mamá; me siento inmensamente desgraciada.

—No importa, piensa que en este mundo todos tenemos nuestro papel.

Y la pobre princesita triste no tuvo más remedio que asomarse a la ventanilla de la carroza y saludar al pueblo con una sonrisa estereotipada que acusaba todavía más la profunda pena de su corazón.

En palacio, Su Excelencia y el Prefecto, erigidos en maestros de ceremonia, terminaban de dar las últimas lecciones a Franz, que estaba convertido en una augusta persona dentro de su elegantísimo traje de gran recepción.

—Ya lo sabe usted —insistía el ministro brillándole los ojos de nerviosidad tras las antiparras, que no cejaban nunca de retremblar sobre la respingona nariz—. Nada de expansiones ni liberalidades; mucha ceremoniosidad, mucho comodamiento. No diga más que las palabras más indispensables, como le he advertido el otro día: «¿cómo están los hijos?, ¿qué tal va el tiempo?»

—Sí, sí, comprendo —replicó el novelista, gozando una enormeidad y dando ingeniosa vaya a su atribulada Excelencia—. Hay que interesarse por los hijos de mi novia.

De pronto, el ministro se irguió y dijo en su tonillo terrible incapaz de asustar a un ratón:

—¡Ah!, y cuidado con besar a la princesa, ¿oye usted?, ni un beso tiene que dar a la princesa, ni uno ¿oye usted?

—Sí, sí, eigo perfectamente. Me guardaré de besarla.

—Al menor beso le corto el pescuezo. Y ahora, vamos ya.

En medio de una pompa solemne y rodeado de todas las damas y caballeros de la corte, Franz apareció en la sala de la corona y se sentó con magnífico empaque en el trono real.

De pronto, resonaron por todos los ámbitos del palacio las notas estridentes del regimiento de trompeteros de honor. Anunciaban la llegada de Su Alteza la princesa Julia de Spallenky y Rabat. En efecto, a los pocos minutos, entre la doble hilera de damas de honor que adornaban el vasto vestíbulo, seguida de su altanera y radiante mamá y una corte de pajes y guardias, apareció nuestra heroína.

Parecía un ángel en su riquísimo vestido blanco, cuya cola vaporosa sostenían dos niños como querubines.

Al penetrar en la sala del trono, Julia iba cabizbaja, triste, como una princesita medioeval cautiva a la que un despótico señor empujase brutalmente al suicidio de su alma. Avanzaba hacia la silla regia con la mirada puesta en el suelo y el pensamiento en Franz, en su amado Franz, que ya no volvería a ver más.

Al llegar a pocos pasos del trono alzó los ojos y miró al rey con una rabia profunda y un deseo furioso de que una bruja fantástica le arrebatase de allí... Repentinamente abrió desmesuradamente los hermosos ojos y soltó una exclamación penetrante.

—¡Franz!

El novelista se alzó de su opulenta silla de oro, pálido de emoción, y prescindiendo de la etiqueta que bajo tan fulminantes amenazas le habían encarecido sus atribulados directores de escena, avanzó hacia la joven.

¿Soñaba? ¿Estaba despierto? ¿No sería una alucinación de sus ojos deslumbrados por la imagen amada de aquel ángel que aleteó tan brevemente a su alrededor en el parque de atracciones?

—Tú? — exclamó.

—Sí — suspiró, más que dijo, la joven, desfalleciendo de dicha.

—La princesa Julia?

—Sí. ¿Y tú, el rey?

—Ya ves

La estirada duquesa no salía de su asombro al ver a los dos jóvenes tan bruscamente enterneados y arrullándose, casi devorándose en una constante mirada de ardiente amor. ¿Qué se había hecho, pues, de los melindres y aspavientos de la gazmónota Julia? La corte en peso no estaba menos estupefacta, y los nobles cambiaban disimuladamente miradas es-

candalizadas y llenas de estupor ante aquel incomprendible desprecio de las fórmulas reales. Excúsalenos comentar el efecto que esta escena inesperada produjo en Su Excelencia y el Prefecto, que, por la cuenta que les tenía, no perdían detalle de los gestos del «Rey» en presencia de la deslumbrante princesa.

—¿Qué significa eso de Franz? — masculló Su Excelencia.

—No importa; el caso es que salga bien — repuso despreocupadamente el Prefecto, pasándose la mano por el terso y fresco cuello con el temor de perderlo.

Pero el estupor de la Corte había de subir unos cuantos grados más al contemplar cómo Franz, que parecía hipnotizado, acercaba amorosamente a Julia a su pecho y estrechándola contra él de una manera casi furiosa le ponía en los labios felices el beso más apasionado y tierno que vieran jamás. Y decimos que «vieran jamás», porque aquel beso fué cosa de ver más que de oír, y de ver largo y tendido, pues no podríamos decir concretamente cuánto tiempo había transcurrido y todavía los labios de entrabmos amantes seguían en la misma actitud, esto es, melosamente acoplados.

El escándalo que se armó entre los cortesanos fué enorme, bien que resultara un escándalo discretísimo según las normas palatinas, exteriorizándose por medio de una tosecilla que quería ser imperceptible, pero que, repetida infinitamente por tan gran número de damas y caballeros, resultó una especie de gruñido que logró el resultado que perseguía y fué el de despertar a Franz y a su Julieta de su almibarado letargo.

El «Rey» replicó a tal audacia con otro acceso de los afectada, que cortó en seco el murmullo de expectoración que sacudía tantos y tan nobles pechos, dejando, asimismo, casi totalmente secos a Su Excelencia y al Prefecto que habían prohibido a Franz, bajo pena fatal, que besase a la princesa.

Esta, loca de felicidad, ante el estupor de su madre, que seguía aumentando, rogó a Franz con tan paciente y ardiente mirada que quería estar a solas con él, que el joven, usando sus atributos de persona real se dispuso a satisfacerla.

Volvióse a la duquesa y poniendo en marcha los resortes de su gragejo y locuacidad, le dijo con admiración:

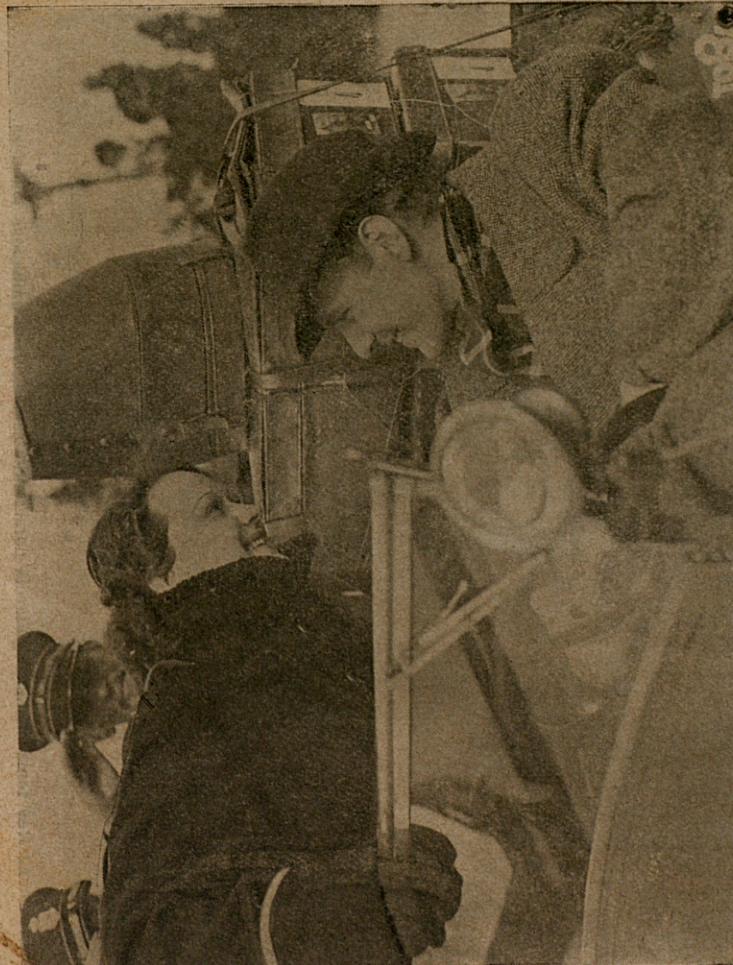
—¡Tiene usted una hija fascinadora!

La duquesa se movió como la hembra de un Grajo. Entonces Franz se acordó de las instrucciones de Su Excelencia: nada de conversaciones a fondo, diga usted cosas banales sin substancia ni sabor.

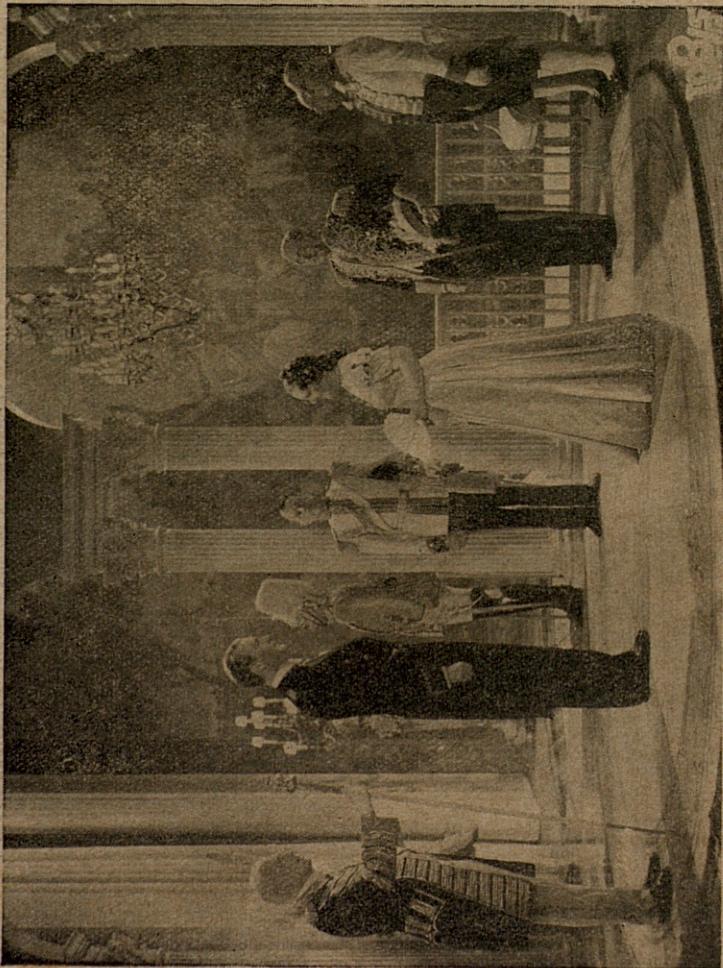
—Señora, ¿ha sido usted siempre madre?

—¡Oh!, eso no fué hasta después que hube tenido a mi hija — respondió la duquesa, un poco desorientada.

Luego el «Rey» ofreció el brazo a Julia y tomando el camino de los compartimientos privados de palacio con la sana idea



Julia disfrazada de guardia de Aduanas, encontró a su amado Franz en el momento en que se disponía...



El Rey tenía bastante gallardía para rendir a la altiva y ambiciosa Duquesa.

de aislar con su amor, principió a cumplimentar a las grandes damas de la corte puestas respetuosamente en fila ante él.

—¿Qué tiempo hizo ayer?

—Bueno, señor.

—¿Qué tiempo hace hoy?

—Inmejorable, señor.

—¿Qué tiempo hará mañana?

Su Excelencia y el Prefecto temblaban de indignación. Aquel tipo soltaba cada estupidez que no la aguantaba un Mastodonte ni un Estreptospondilo, ni toda la fauna gigantesca antediluviana reunida.

Hablamos así porque Su Excelencia sabía mucho de Prehistoria.

Con Prehistoria, o sin ella, es lo cierto que minutos después Franz había logrado alcanzar un departamento completamente privado y la feliz pareja se vió sola y cara a cara.

—¡Franz, mi Franz! —no cesaba de exclarar Julia, con los ojos radiantes de felicidad clavados en su amado—. ¿Es posible que seas tú?

—Pues, ya ves.

—¡El rey, eres el rey! ¿Y por qué no me lo dijiste aquel día?

—Un rey, querida, tiene el deber de ir por la calle de incógnito.

Julia acariciaba la cabeza de su amado, locuela, ciega, rendida.

—Bésame, Franz! ¡Te amo tanto!

Julia se resistía casi a creer que no soñaba. Si hacia apenas un segundo que desfallecía, que la pena le minaba el corazón, que era la mujer más desgraciada de la tierra, que había colocado con unción a través del irrestranable desgarro de aquella imagen amada de Franz para llevarla allí el resto de su vida, convencida de no volverla a ver jamás. Y, sin embargo, le tenía allí, a su lado, besándola, acariciándola, diciéndole que estaba loca por ella, y cierta, ciertasima de que dentro de pocos días sería su esposa. De pronto, Julia, como viniendo al pensamiento de algo incógnito, exclamó:

—Lo que no me explico es que estando conmigo en la plaza estuviéses al mismo tiempo en el balcón.

Franz, chasqueó la lengua y se levantó de su asiento. Vaya problema que le metía por delante su linda novia.

—¡Ah!, eso es un secreto profesional. Tú verás, el que estaba en la plaza, a tu lado, era yo, y el que se encontraba en el balcón era el rey.

Julia parpadeó, confusa, y preguntó: —Pero, ¿tú eres el rey?

—Naturalmente.

—Entonces, no lo comprendo.

—Vas a comprenderlo en seguida, aquél era mi doble.

—¡Oh!, ¿uno que se parece a ti? — preguntó Julia con re-pugnancia.

—Eso es. Todos mis colegas lo tienen, es una medida de pre-visión muy necesaria a los que tantos azares políticos atraen las pasiones de los hombres.

—Eso me disgusta, Franz; prométeme que en cuanto este-mos casados le despedirás.

—No sé, niña... a ese no hay quien le despida.

Julia no podía comprender la causa del tono irónico que empleaba su prometido y achacándolo a su naturaleza sarcás-tica y despreocupada no le dió importancia, máxime cuando su honda felicidad la eximía de preocupaciones menores.

Poco después, la princesita y su mamá regresaban a su casa en la misma carretela y con los papeles trocados. Julia no iba ya triste y afligida, por el contrario saludaba a la multitud que la vitoreaba con una sonrisa resplandeciente, mien-tras la duquesa permanecía severa y mohina en el fondo del coche sin dignarse corresponder a las demostraciones de afecto del pueblo.

Había llegado para Julia la hora de desquitarse.

—Sonríete mama. Todos tenemos nuestro papel en este mundo.

—Pareces muy feliz — replicó la estirada dama agriamente.

—¡Oh!, mama, si, me siento muy feliz, ¡muy feliz!

—Hija mía, tú te entregas demasiado.

Julia comprendió los pesares empalagosos de su madre.

—¡Le amo tanto!

—Hay que ser precavida y entregar la fortaleza con mucho empeño; lo que es fácil no gusta a los hombres. En cuanto a mí, te diré que tu padre decía: «te escurre de las manos como una pastilla de jabón». Así hay que ser.

Franz no se veía menos asediado por sus dos indignados instructores.

—¿No le ha avergonzado a usted comportarse tan zafiamente en medio de la corte? — bramó el Prefecto.

—Tutear a la princesa a la primera entrevista! — coreó Su Excelencia.

—¡Y besarla, besarla! ¿Oye usted? Como lo vuelva usted a repetir le echo a patadas — amenazó el Prefecto, furioso.

Franz soltó una carcajada.

—¡Despedírmel!, se guardarán ustedes de hacerlo como de escaldarse la barriga. Dependen absolutamente de mí. ¿Han meditado lo que ocurriría si de improviso volviese a desaparecer el «Rey»?

Los dos azorados personajes se mordieron la lengua.

—Y les impongo una condición si no quieren que me re-tire — prosiguió el novelista consciente de su total dominio—. Ver a la pprincesa cuando me dé la gana.

CAPITULO VIII

LLUVIA DE BESOS

Y Franz ya no hizo otra cosa que buscar ocasiones en que poder ver, hablar y... besar a su princesita idolatrada. La pri-mera fué en una elegante recepción en palacio. En ella logró un éxito tan rotundo en materia de besos, que Su Excelencia y el Prefecto, que no le dejaban un instante de vista, estaban visiblemente desesperados.

—Pero, ha visto usted? — chillaba el ministro.

—Sí, Excelencia, lo he visto bien.

—¿Cuántos?

—¡Trece, Excelencia! — aseguró el policía con un suspiro furioso.

—¡Trece besos! ¿Oye usted? ¡Trece besos que un criminal ha dado a la princesa! — clamó el ministro, alzando piadosamente las manos al cielo.

—Excelencia —prometió el Prefecto en tono solemne—. Os garantizo que al próximo beso le achicharraré.

Acababa de pronunciar esta frase lapidaria cuando los labios de Franz y Julia se unieron por décima cuarta vez. Y el Prefecto se limitó a lanzar bufidos huracanados, a abrir sus ojos con furor y... a callar.

Franz llevó a Julia a un vestíbulo discreto y le sirvió una copa de champán.

—¿Te acuerdas de la primera? — le dijo.

Los dos jóvenes se lo habían contado todo. Julia estaba completamente embriagada de dicha. Había pasado la noche anterior soñando en su futuro poderío de reina y pensando en el posible sobrenombre con que la bautizaría la Historia.

—No lo olvidaré jamás, Franz — replicó. Y añadió, bullícosa y soberbia—. Tiene razón mi madre, sólo con un rey se puede casar una.

Franz sintió un arañazo en el corazón. La brusca altivez de Julia le había despertado dolorosamente de su ensueño. ¿Qué ocurriría, pues, cuando tuviese que revelarle su verda-dera personalidad? Julia le humillaría con la expresión de su asco, que ya apuntaba ahora con toda su venenosa altivez. Representósele la fragilidad de su situación y sufrió atrozmente a la sola idea de tener que renunciar a aquella muñe-quita tan bella que amaba con todo su corazón. Poco podía su-poner que la princesa Julia hablaba así ahora porque era él precisamente el rey. Por esto cuando la enamorada niña le preguntó, siguiendo su luminosa vanidad tan propia de mujer, si la Historia la apodaría: «Julia la hermosa», «Julia la Do-minadora», o bien «Julia la Poderosa», el novelista respondió:

—Yo creo que se te conocerá por el sobrenombr de «Julia la superficial».

Julia miró a su novio con sobresalto.

—Tú te has puesto triste —le dijo con pena que estremeció al novelista—. ¿Por qué has dicho eso?

—Porque tengo corazón.

—También lo tengo yo — protestó Julia con fuego en los ojos.

—No eres más que una ambiciosa.

—Calla, calla, Franz mio; tú no puedes imaginarte como tus palabras me atormentan. Quiero que me digas con sinceridad qué dudas y temores hacen que me hables con ese desprecio.

—Acabas de mostrar con tus palabras, que, como tu madre, lo que en mí te deslumbra no soy yo, sino el «Rey».

—Franz, me pasará toda la vida diciéndote que te amo, que te amo a ti y no al «Rey», si así loquieres, si ello ha de convencerte que las primeras oleadas de rubor y de amor verdadero que han coloreado mis mejillas y estremecido mi corazón han sido las que ahogaban mis palabras cuando me mirabas en el Parque de Atracciones, cuando yo no te conocía más que como un hombre oscuro. Y de la misma manera que has resultado ser el rey, podías ser un dependiente de café. Entonces, como ahora, a todo habría renunciado yo por ti.

El calor con que fueron dichas estas palabras tuvo la virtud de encender nuevamente la sonrisa feliz en los labios de Franz. Y segundos después Su Excelencia y el Prefecto que, como se recordará, llevaban la cuenta de los besos que el pseudo rey daba a su novia, contaban, con la consiguiente indignación, el beso número quince.

Fué en el instante en que el ardiente joven estampaba este número delicioso en los labios de su amada, cuando se acercó a él el capitán de la guardia real y rogó en medio de respetuoso silencio.

—Majestad, el pueblo quiere ver a los novios.

Franz escuchó un momento. Al exterior cundía el murmullo profundo peculiar de las grandes multitudes. La plaza real se hallaba atestada de gente que pedía a gritos entusiastas la presencia de los regios prometidos en el balcón.

—Vamos, Julia, no podemos negarnos a este natural y amable deseo.

Al aparecer en el balcón la bella pareja el público probrumió en aclamaciones y voces de ferviente adhesión.

Cuando se hizo el silencio, Franz comenzó a hablar. Era poeta de talento y bien que no orador profesional no le iba a faltar ilación y belleza de discurso. Acababa de acudirsele una idea no del todo poética, pero si muy útil. Hacia pocos días que había lanzado al mercado una novela, por cierto de gran mérito, pero que el público no parecía advertir. Esta era,

pues, la ocasión única para hacer de ella una propaganda eficaz. Así que principió con audacia y aplomo.

—Ciudadanos, al fin tras de una meditación honda y laboriosa voy a daros la reina que os merecéis. Nadie resiste a los embates del corazón ni puede sustraerse a la gran Ley del Sumo Hacedor...

Mientras su voz resonaba potente en el ámbito silencioso de la vasta plaza, había un sujeto de porte distinguidísimo, confundido entre la multitud, que apenas apareció Franz en el balcón se inclinó sonriente al oído de su compañero, y le dijo quedo:

—Tiene unos prismáticos.

El interpelado sacó un catalejo y lo entregó al personaje con gran servicialidad. Después que hubo observado al rey en el balcón, comentó con buen humor:

—Pues, realmente creo que se parece a mí.

El elegantísimo personaje era el verdadero rey, que sin que nadie pudiese sospecharlo contemplaba a su inesperado doble como el espectador más vulgar. Noticioso de que había sido suplantado, y creyendo que el asunto matrimonio con los días transcurridos se habría enfriado había abandonado su encierro para regresar a palacio.

Franz, que no podía imaginarse esto, proseguía su discurso.

—La Historia dirá de nosotros: «Se vieron, se hablaron y se amaron». Verdaderamente «El amor es el dueño del mundo». Estas son palabras de gran novelista, por desgracia poco leído. Franz Chapineux escritas en su libro reciente «El país del amor». Leedle, vuestro rey os da el ejemplo.

Toda la inmensa multitud apinada en la plaza se apresuró a anotarse el título de la novela y el nombre del autor que les aconsejaba el rey, bien lejos de suponer que éste era el que les hablaba.

Poco después en la puerta de todas las librerías de la ciudad había una cola interminable de compradores que deseaban adquirir la famosa novela «El país del amor».

Franz había hecho el mejor negocio de su vida de escritor.

CAPITULO IX

ORIGINAL Y DOBLE, CARA A CARA

Se había ya retirado toda la corte, y con ella Julia, cuando la puerta del gabinete privado de Franz se abrió para dar paso a un personaje elegante, cuyo parecido con él era sorprendente y habría sido perfecto de no mediar una notable diferencia de edad.

Era el verdadero rey. Sonrió con simpática ironía y sin mostrar el menor agravio, dijo:

—Bien, eso ha terminado. Supongo que tengo necesidad de presentarme. Puede quitarse mi traje.

Franz quedó mudo de estupor, clavado donde le hallara el rey. Lo comprendió todo. Sintió una amargura profunda en el corazón. ¿Y Julia, pues, chora?

—Señor... —balbució—. Me he limitado a obedecer las órdenes que me dieron.

—No discuto nada. Lo importante es que me haya representado bien. ¿Cuántos años tiene usted?

—Veintisiete.

—Yo cuarenta. ¡Es fácil la gente de engañar!

Cuando Franz estuvo vestido contó al rey cuánto había hecho con Julia, sin omitir la cantidad de besos que se dignó depositar en sus labios. Y con voz entrecortada por la emoción reveló la verdad de su amor.

—Y el caso es, Majestad, que yo estoy loco por la princesa y ella me ama a mí.

—Lea usted a Franz Chapineux y se le pasará todo — replicó Su Majestad sacando la novela del bolsillo.

También él había adquirido la obra de nuestro cuitado autor.

—Yo soy Franz Chapineux — reveló el joven.

—Bien —contestó el rey sonriendo con buen humor al adivinar la astuta ocurrencia del escritor—. Y alargando la novela a su ayuda de cámara, añadió: —Pónmela debajo de la almohada, veremos si me hace soñar.

Franz abandonó el palacio con el corazón destrozado. Por su parte, el rey mandó llamar en seguida a Su Excelencia el cual se presentó inmediatamente, e indignado por la intempestivo de la hora y creyendo que el rey seguía siendo el novelista comenzó a increparle.

—¡Es usted un fresco presidiable! ¡Fuera de aquí, no quiero verle más!

Pero cuando advirtió que aquel a quien se dirigía era su auténtica Majestad por poco le viene un sincope. Su misma chistera quedó olvidada en el suelo, y de allí pasó a los tizones de la chimenea en donde lo arrojó el ayuda de cámara para disimular el lapso de haber metido «la pata» en él y haberlo dejado como un acordeón.

Al disponerse a salir y no ver su sombrero, Su Excelencia se atrevió a barbotar con timidez humilde.

—Yo tenía un sombrero de copa que me atormentaba desde mi juventud porque me estaba pequeño.

—Váyase Su Excelencia; yo le comparé otro sombrero a la medida.

Julia estaba loca de alegría, faltaban pocos días para el

casamiento y aquella mañana la modista había ido a probarle el vestido de boda. Se hallaban haciendo los más jugosos comentarios sobre las excelencias de la duquesa cuando se casó, pues dicho sea de paso, fué la misma modista, entonces joven, quien se lo hizo, cuando les fué anunciada la visita del rey. Julia, atribulada y locuela de júbilo, exclamó:

—Vé, mamá, dale un poco de conversación mientras yo elijo el vestido que he de ponerme.

La pobre suponía que el rey seguía siendo su amado Franz.

Calcúlese la sorpresa de la duquesa cuando se vió ante un rey al que en una sola noche se le había vuelto el pelo gris. La duquesa estaba radiante de hermosura y el soberano la tomó por su novia. También observó que no era tan joven como suponía y, deslumbrado, sintió que la quería con todo su corazón.

—¡Oh!, sólo he venido para una visita de cinco minutos. Todavía no la conozco. Es usted realmente hermosa y me siento dichoso, confesándole que me gusta y que la haré mi esposa con felicidad.

La duquesa comprendió la equivocación y se sintió halagada. Una sombra de ambición y de celos de su hija pasó por su orgulloso corazón. Pero el repentino cambio del rey la tenía preocupada.

—¿Cómo ha cambiado su pelo en una sola noche? — no pudo estarse de preguntar.

Entonces el monarca le contó la verdad de la situación. La duquesa creyó desfallecer. Pero se aguantó serena y la que desfalleció fué Julia al enterarse por boca de su madre de que Franz no era el rey.

—¡No quiero ser reina aunque me hagas picadillo! —aseguró con decisión—. Yo quiero a Franz.

Al día siguiente, en la Ópera, el rey tuvo ocasión de enterarse que la que él suponía ser su novia no era más que su futura suegra.

—Carlos —le dijo la duquesa, después de haber dejado a Julia llorando en un gabinete privado—. Haz feliz a mi hija, a mi bebé.

Había pronunciado estas palabras con perfecto dominio de su emoción, de esa emoción de ser reina que sintió el día anterior al adivinar en las palabras del rey los sentimientos que su fresca hermosura había despertado en él.

El soberano experimentó una contrariedad profunda al deshacer el equívoco y se enderezó al gabinete en que nuestra princesita lloraba con el dolor de su amor defraudado.

—Con que usted es el bebé? — preguntó con ironía.

Julia se irguíó. No podría resistir un casamiento sin amor; estaba dispuesta a ser sincera, mal que el violento orgullo de su madre tuviese que someterla a los castigos más duros.

—Yo no le amo a usted —confesó con los ojos inundados de lágrimas—. Yo amo a Franz. Se me obliga a este casamiento.

El rey comprendió. Se acordaba perfectamente de la historia de amor romántico que le contara el novelista antes de abandonar el palacio y sonriendo contestó, muy seguro de su palabra.

—Bien, Julia; usted se casará con él y yo con ella...

—¿Con ella? ¿Quién es ella?

—Su madre de usted.

El vaticinio se cumplió. El rey tenía sobrada gallardía para rendir a la alta y ambiciosa duquesa, que creyó morir de felicidad al oír que le pedía la mano.

Por su parte, Julia «pescó» a Franz disfrazada de guardia de Aduanas en el momento en que éste, montado en su modesto coche, se disponía a pasar la frontera, transido por el dolor de su amor desgraciado.

—¿A dónde ibas, Franz mío?

—A morir de dolor y de amor en cualquier isla desierta de la tierra.

—Pues ya no es necesario. Mi madre se encarga de ser reina de la Nación; a mí con serlo de tu corazón, me basta.

Un beso muy fuerte y prolongado hizo volver el rostro de los bigotudos guardias fronterizos con picardía. Y unos días después se celebraba el doble matrimonio de Franz con Julia y del rey con la ambiciosa duquesa de Rabat.

Se realizaban dos sueños supremos... es decir, no eran tres los que se realizaban contando el de Su Excelencia, el cual, al fin, lograba casar al rey... y estrenar el sombrero de copa que tanto le convenía, una chistera monumental que, bajo los auspicios de su precavida Majestad, le entraba hasta las orejas. No se podía quejar esta vez. Metido en su coche de ministro saludaba a la multitud estacionada al paso del cortejo y a cada cabeceo el sombrero daba un pase de vals.

Mientras en la carroza de la duquesa, ya reina, quedaba satisfecha la ambición. Y en la de Franz y Julia sonaban los besos del más puro y feliz amor.

FIN

— 32 —

Editadas

- *Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
* — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Lowe.
* — 4. *La vida de la Boheme*, por Marta Eggerth y Jan Kiepura.
* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
* — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullavan.
* — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
* — 8. *La tumba india*, por La Jana.
* — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
* — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
* — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
* — 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
* — 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
— 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
— 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
— 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
— 17. *Baile en el Metropol*, por Henri George y Viktoria von Ballasko.
— 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
— 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.
— 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
— 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
— 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
— 23. *Caballería ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampers.
— 24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
— 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
— 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
— 27. *Crenísculo Roio*, por Rodolp Forster.
— 28. *El Trío de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
— 29. *La ove apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
— 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Ahns Holt.
— 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Leric Ardwick.
— 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
— 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
— 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
— 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Heli Finkenzeller.
— 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
— 37. *Un par de Gitanos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
— 38. *La Voz seductora*, por Marta Eggerth y Paul Hartmann.
— 39. *Rosalie*, por Eleanor Powell y Nelson Eddy.
— 40. *La vuelta al hogar*, por Zarah Leander.
— 41. *Quesos y Besos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
— 42. *La hija de Drácula*, por Gloria Holden y Otto Kruger.
— 43. *El beso revelador*, por Warren William y Gail Patrick.
— 44. *El ocaso del poder*, por Buck Jones y Dorothy Dix.
— 45. *Una semana en la Luna*, por Anny Ondra y Hans Shonker.
— 46. *Concierto en la Corte*, por Marta Eggerth y Johannes Heesters.
— 47. *Aguititas heroicas*, por James Cagney, Pat O'Brien y June Travis.
— 48. *Mares turbulentos*, por Jack Holt, Diana Gibson y Grace Bradley.
— 49. *Luchadores del Oeste*, por Bob Baker y J. Farrell Mac Donald.
— 50. *La Dama de Montecarlo*, por Franziska Gaal.
— 51. *La bailarina vienesa*, por Lillian Harvey y Rolf Moebius.

* Agotadas.

En preparación

BRAZOS DE ACERO, interpretada por
VICTOR MC. LAGLEN

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILÉN, 154

BARCELONA

